

Las tres musas
últimas castellanas

Francisco de Quevedo

Euterpe Musa Séptima

ArribaAbajo [Sonetos]

A Belisario

ArribaAbajo Viéndote sobre el cerco de la
luna

triunfar de tanto bárbaro contrario,
¿quién no temiera, ¡oh noble Belisario!,
que habías de dar envidia a la Fortuna?

Estas lágrimas tristes, una a una,
bien las debo al valor extraordinario
Conque escondiste en alto olvido a Mario,
que mandando nació desde la cuna.

Y ahora, entre los míseros mendigos,
te tiraniza el tiempo y el sosiego

la memoria de altísimos despojos.

Quisiéronte cegar tus enemigos,
sin advertir que mal puede ser ciego
quien tiene en tanta fama tantos ojos.

A la brevedad de la vida

ArribaAbajo ¡Cómo de entre mis manos te
resbalas!

¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
pues con callado pie todo lo igualas!

Feroz, de tierra el débil muro escalas,
en quien lozana juventud se fía;
mas ya mi corazón del postrer día
atiende el vuelo, sin mirar las alas.

¡Oh condición mortal! ¡Oh dura suerte!
¡Qué no puedo querer vivir mañana
sin la pensión de procurar mi muerte!

Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecución, con que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.

Muestra lo que es una mujer despreciada

ArribaAbajo Disparado esmeril, toro herido;
fuego que libremente se ha soltado,
osa que los hijuelos le han robado,
rayo de pardas nubes escupido;

serpiente o áspid con el pie oprimido,
león que las prisiones ha quebrado,
caballo volador desenfrenado,
águila que le tocan a su nido;

espada que la rige loca mano,
pedernal sacudido del acero,
pólvora ha quien llegó encendida mecha;

villano rico con poder tirano,
víbora, cocodrilo, caimán fiero
es la mujer si el hombre la desecha.

Soneto a la muerte

ArribaAbajo ¡Aquí Del Rey Jesús! ¿y qué es
aquesto?

No le vale la iglesia al desdichado,

que entró a matarle dentro de sagrado,
sin temer casa Real, ni Santo puesto.

Favor a la justicia, alumbren presto,
corran tras de él, prendan al culpado;
no quiere resistirse, que embozado
de esperar a la ronda está dispuesto.

Llegaron a prenderle por codicia,
no de la espada ser mayor de marca;
mas visto que la trae de sangre llena,

preguntole quien era la justicia,
desembozose y dijo: Soy la Parca.
¿La Parca sois? Andad de enhorabuena.

ArribaAbajo
Sonetos pastoriles

Sonetos que llama el autor pastoriles y los
dedicó a la Musa Euterpe

- I -

A Lísida, pidiéndole unas flores que tenía en
la mano, y persuadiéndola imite a una fuente

ArribaAbajo Ya que huyes de mí, Lísida
hermosa,
imita las costumbres de esta fuente,
que huye de la orilla eternamente,
y siempre la fecunda generosa.

Huye de mí cortés, y, desdeñosa,
sígate de mis ojos la corriente;
y, aunque de paso, tanto fuego ardiente
merézcate una yerba y una rosa.

Pues mi pena ocasionas, pues te ríes
del congojoso llanto que derramo
en sacrificio al claustro de rubíes,

perdona lo que soy por lo que amo;
y cuando, desdeñosa, te desvías,
llévate allá la voz con que te llamo.

A Lisis, presentándole un perro, que había
quitado un cordero de los mismos dientes del
lobo

ArribaAbajo Este cordero, Lisis, que tus ye-
rros

sobrescribieron como al alma mía,
estando ayer recién nacido el día,
de un lobo le cobraron mis dos perros.

En el denso teatro de estos cerros,
Melampo aventajó su valentía:
ya le viste otra vez, con osadía,
defender a tus voces los becerros.

Conoce que soy tuyo en tu ganado,
pues, por guardarle, desamparo el mío,
y en mi pérdida estimo su cuidado.

Pues te sirven sus dientes y sus brío,
recíbele, no pierda desdeñado

lo que él merece, porque yo le envío.

- III -

A Aminta, que imite el sol en dejarle consuelo cuando se ausenta

ArribaAbajo Pues eres sol, aprende a ser ausente

del sol, que aprende en ti luz y alegría;
¿no viste ayer agonizar el día
y apagar en el mar el oro ardiente?

Luego se ennegreció, mustio y doliente,
el aire adormecido en sombra fría;
luego la noche, en cuanto luz ardía,
tantos consuelos encendió el Oriente.

Naces, Aminta, a Silvio del ocaso
en que me dejas sepultado y ciego;
sígote oscuro con dudoso paso.

Concédele a mi noche y a mi ruego,
del fuego de tu sol, en que me abraso,
estrellas, desperdicios de tu fuego.

- IV -

A una fuente en que salió a mirarse Lísida

ArribaAbajo Fuente risueña y pura (que a
ser río

de las dos urnas de mi vista aprendes,
pues que te precipitas y descienes
de los ojos que en lágrimas te envío),

si en mentido cristal te prende el frío,
en mi llanto por Lísida te enciendes,
y siempre ingrata a mi dolor atiendes,
siendo el caudal con que te aumentas mío;

tú de su imagen eres siempre avara,
yo prodigo de llanto a tus corrientes,
y a Lísida de la alma y fe más rara.

Amargos, sordos, turbios, inclementes
juzgué los mares, no la amena y clara
agua risueña y dulce de las fuentes.

- V -

Con ejemplo del invierno imagina Sistra
admitido su fuego del yelo de Lisi

ArribaAbajo Pues ya tiene la encina en los
tizones

más séquito que tuvo en hoja y fruto,
y el nubloso Orión manchó con luto
las (otro tiempo) cárdenas regiones;

pues perezoso Arturo, y los Triones
dispensan breve el sol, y poco enjuto,
y con imperio cano y absoluto
labra el yelo las aguas en prisiones;

hoy que se busca en el calor la vida,
gracias al dueño invierno, amante ciego,
a quien desprecia Amor y Lisi olvida,

al yelo hermoso de su pecho llevo
mi corazón, por ver si, agradecida,
se regala su nieve con mi fuego.

- VI -

Con la comparación de dos toros celosos,
pide a Lisi no se admire del sentimiento de sus
celos

ArribaAbajo ¿Ves con el polvo de la lid
sangrienta

crecer el suelo y acortarse el día
en la celosa y dura valentía
de aquellos toros que el amor violenta?

¿No ves la sangre que el manchado alienta;
el humo que de la ancha frente envía
el toro negro, y la tenaz porfía
en que el amante corazón ostenta?

Pues si lo ves, ¡oh Lisi!, ¿por qué admiras

que, cuando Amor enjuga mis entrañas
y mis venas, volcán, reviente en iras?

Son los toros capaces de sus sañas,
¿y no permites, cuando a Bato miras,
que yo ensordezca en llanto las montañas?

- VII -

Culpa a Flor injusta en el premio de su favor
con el ejemplo de una vaca pretendida en el
soto: es imitación de Virgilio en las Geórgicas

ArribaAbajo ¿Ves gemir tus afrentas al
vencido
toro, y que tiene, ausente y afrentado,

menos pacido el soto que escarbado,
y de sus celos todo el mundo herido?

¿Vesle ensayar venganzas con bramido,
y en el viento gastar ímpetu armado?

¿Ves que sabe sentir ser desdeñado,
y que su vaca tenga otro marido?

Pues considera, Flor, la pena mía,
cuando por Coridón, pastor ausente,
desprecias en mi amor mi compañía.

Ofreciose la vaca al más valiente,
y con razón premió la valentía:
tú me desprecias, Flor, injustamente.

Aconseja al Amor que para vencer el desdén de Lisis, deje las flechas comunes, y tome las con que hirió a Júpiter, para que se enamore de Europa

ArribaAbajo Amor, prevén el arco y la saeta

que enseñó a navegar y dar amante al rayo, cuando Jove fulminante, bruta deidad, bramó llama secreta.

La vulgar cuerda que tu mano aprieta, para el pecho de Lisi no es bastante: otra cosa más dura que el diamante dudo que la victoria te prometa.

Prevén toda la fuerza al pecho helado, pues menos gloria, en menos hermosura, te fue bajar al sol del cielo al prado.

Y pues de ti no supo estar segura

tu madre, no permitas, despreciado,
que tu poder desmienta Lisis dura.

- IX -

Con el ejemplo del fuego enseña a Alexi pas-
tor, cómo se ha de resistir al amor en su princi-
pio

ArribaAbajo ¿No ves, piramidal y sin so-
siego,
en esta vela arder inquieta llama,
y cuán pequeño soplo la derrama
en cadáver de luz, en humo ciego?

¿No ves, sonoro y animoso, el fuego
arder voraz en una y otra rama,

a quien, ya poderoso, el soplo inflama
que a la centella dio la muerte luego?

Así pequeño amor recién nacido
muere, Alexi, con poca resistencia,
y le apaga una ausencia y un olvido;

mas si crece en las venas su dolencia,
vence con los que pudo ser vencido
y vuelve en alimento la violencia.

- X -

Dice, que como el labrador teme el agua
cuando viene con truenos, habiéndola deseado,
así es la vista de su pastora

ArribaAbajo Ya viste que acusaban los sembrados

secos, las nubes y las lluvias; luego viste en la tempestad temer el riego los surcos, con el rayo amenazados.

Más quieren verse secos que abrasados, viendo que al agua la acompaña el fuego, y el relámpago y trueno sordo y ciego; y mustio el campo teme los nublados.

No de otra suerte temen la hermosura que tuyos mis ojos codiciaron, anhelando la luz serena y pura;

pues luego que se abrieron, fulminaron, y amedrentando el gozo a mi ventura, encendieron en mí cuanto miraron.

- XI -

Significa el mal que entra al alma por los ojos con la fábula de Acteón

ArribaAbajo Estábase la Efesia cazadora
dando en aljófara el sudor al baño,
cuando en rabiosa luz se abrasa el año
y la vida en incendios se evapora.

De sí, Narciso y ninfa, se enamora;
mas viendo, conducido de su engaño,
que se acerca Acteón, temiendo el daño,
fueron las ninfas velo a su señora.

Con la arena intentaron el cegalle,
mas luego que de Amor miró el trofeo,
cegó más noblemente con su talle.

Su frente endureció con arco feo,
sus perros intentaron el matalle,
y adelantose a todos su deseo.

8

- XII -

Dice, que como el Nilo guarda su origen, encubrió también el de su amor la causa y crece así también su llanto con el fuego que le abrasa

ArribaAbajo Dichoso tú, que naces sin testigo
y de progenitores ignorados,
¡oh Nilo!, y nube y río, al campo y prados,
ya fertilizas troncos y ya trigo.

El humor que, sediento y enemigo,
bebe el rabioso Can a lo sagrados
ríos, le añade pródigo a tus vados,
siendo Aquario el León para contigo.

No de otra suerte, Lisis, acontece
a las undosas urnas de mis ojos,
cuyo ignorado origen se enmudece.

Pues cuando el Sirio de tus lazos rojos
arde en bochornos de oro fresco, crece
más su raudal, tu hielo y mis enojos.

9

- XIII -

Con la propiedad del Guadiana, de quien dice Plinio, saepius nasci gaudet, compara la disimulación de sus lágrimas

ArribaAbajo O ya descansas, Guadiana,
ociosas

tus corrientes en lagos que ennobleces,
o líquidas dilatas a tus peces
campañas en las lluvias procelosas;

o en las grutas sedientas tenebrosas
los raudales undosos desapareces,
y de nacer a España muchas veces
te alegras en las tumbas cavernosas;

émulos mis dos ojos a tus fuentes
ya corren, ya se esconden, ya se paran,
y nacen sin morir al llanto ardientes.

Ni mi prisión ni lágrimas se aclaran:
todo soy semejante a tus corrientes,

que de su propio túmulo se amparan.

- XIV -

Habiendo llamado a su zagala Aurora, pide a la del cielo, que se detenga para ver en alto el retrato de su misma zagala

ArribaAbajo Tú, princesa bellísima del día,
de las sombras nocturnas triunfadora,
oro risueño y púrpura pintora,
del aire melancólico alegría;

pues del sol que te sigue y que te envía
eres flagrante y rica embajadora;
pues por ennoblecerte llamé Aurora
la hermosa sin igual zagala mía,

ya que la noche me privó de vella,
y esquiva mis dos ojos, piadosa,
entreténme su imagen en tu estrella.

Niégle al sol las horas; no envidiosa
su llama, que tus luces atropella,
esconde en ti su ardiente nieve y rosa.

0

- XV -

A Fili, que suelto el cabello lloraba ausencias
de su pastor

ArribaAbajo Ondea el oro en hebras proce-
loso;

corre el humor en perlas hilo a hilo;
juntó la pena al Tajo con el Nilo,
éste creciente, cuando aquél precioso.

Tal el cabello, tal el rostro hermoso
asiste en Fili al doloroso estilo,
cuando por las ausencias de Batilo,
uno derrama rico, otro lloroso.

Oyó gemir con músico lamento
y mustia y ronca voz tórtola amante,
amancillando querellosa el viento.

Dijo: «Si imitas mi dolor constante,
eres lisonja dulce de mi acento;
si le compites, no es tu mal bastante».

A Lisi, que su cabello rubio tenía sembrados
claveles carmesíes por el cuello

ArribaAbajo Rizas en ondas ricas del rey
Midas,

Lisi, el acto precioso, cuanto avaro;
arden claveles en su cerco claro,
flagrante sangre, espléndidas heridas.

Minas ardientes, al jardín unidas,
son milagro de amor, portento raro,
cuando Hibla matiza el mármol paro
y en su dureza flores ve encendidas.

Esos que en tu cabeza generosa
son cruenta hermosura y son agravio
a la melena rica y victoriosa,

dan al claustro de perlas, en tu labio,

elocuente rubí, púrpura hermosa,
ya sonoro clavel, ya coral sabio.

- XVII -

Ausente se lamenta mirando la fuente, don-
de solía mirarse su pastora

ArribaAbajo En este sitio donde mayo cie-
rra

cuanto con más fecunda luz florece,
tan parecido al cielo, que parece
parte que de su globo cayó en tierra;

testigos son las peñas de esta sierra
(hombros que al peso celestial ofrece)
del duro afán que el corazón padece,

en alta esclavitud, injusta guerra.

Miré la fuente donde ver solía
a Fílida, que en ella se miraba,
cuando por serla espejo no corría.

Por imitar mi envidia se abrasaba,
cuando en sus manos mi atención ardía:
y, en dos incendios, Fílida se helaba.

- XVIII -

A una fuente donde solía llorar los desdenes
de Fili

ArribaAbajo Esta fuente me habla, mas no entiendo

su lenguaje, ni sé lo que razona;
sé que habla de amor, y que blasona
de verme a su pesar por Flori ardiendo.

Mi llanto, con que crece, bien le entiendo,
pues mi dolor y mi pasión pregona;
mía lágrimas el prado las corona;
vase con ellas el cristal riendo.

Poco mi corazón debe a mis ojos,
pues dan agua al agua y se la niegan
al fuego que consume mis despojos.

Si no lo ven, porque, llorando, ciegan,
oigan lo que no ven a mis enojos:
déjanme arder, y la agua misma anegan.

- XIX -

Compara a la hiedra su amor, que causa parecidos efectos, adornando el árbol por donde sube y destruyéndole

ArribaAbajo Esta yedra anudada que camina

y en verde laberinto comprende
la estatura del álamo que ofende,
pues cuanto le acaricia, le arruina,

si es abrazo o prisión, no determina
la vista, que al frondoso lago atiende:
el tronco sólo, si es favor, entiende,
o cárcel que le esconde y que le inclina.

¡Ay, Lisi!, quien me viere enriquecido
con alta adoración de tu hermosura,

y de tan nobles penas asistido,

pregunte a mi pasión y a mi ventura,
y sabrá que es prisión de mi sentido
lo que juzga blasón de mi locura.

- XX -

Dice, que el sol templá la nieve de los alpes,
y los ojos de Lisi no templan el hielo de sus
desdenes

ArribaAbajo Miro este monte que envejece
enero,
y cana miro caducar con nieve
su cumbre que, aterido, oscuro y breve,
la mira el sol, que la pintó primero.

Veo que en muchas partes, lisonjero,
o regala sus hielos, o los bebe;
que, agradecido a su piedad, se mueve
el músico cristal libre y parlero.

Mas en los Alpes de tu pecho airado,
no miro que tus ojos a los míos
regalen, siendo fuego, el hielo amado.

Mi propia llama multiplica fríos,
y en mis cenizas mismas ardo helado,
envidiando la dicha de estos ríos.

A una dama hermosa, y tiradora de vuelo,
que mató un águila con un tiro

ArribaAbajo ¿Castigas en la águila el delito
de los celos de Juno vengadora,
porque en velocidad alta y sonora
llevó a Jove robado el catamito?

¿O juzgaste su osar por infinito
en atrever sus ojos a tu aurora,
confiada en la vista vencedora,
con que miran al Sol de hito en hito?

¿O porque sepa Jove que en el cielo,
cuando Venus fulminas, de tu rayo
ni el suyo está seguro, ni su vuelo?

¿O a César amenazas con desmayo,
derramando su emblema por el suelo,
honrando los leones de Pelayo?

- XXII -

A Lisi, cortando flores y rodeada de abejas

ArribaAbajo Las rosas que no cortas te dan
quejas,

Lisi, de las que escoges por mejores;
las que pisas se quedan inferiores,
por guardar la señal que del pie dejas.

Haces hermoso engaño a las abejas,
que cortejan solícitas tus flores;
llaman a su codicia tus colores:
su instinto burlas, y su error festejas.

Ya que de mí tu condición no quiera
compadecerse, del enjambre hermoso

tenga piedad tu eterna primavera.

Él será afortunado, yo dichoso,
si de tu pecho fabricase cera,
y la miel de tu rostro milagroso.

- XXIII -

A Lisi, que cansada de cazar en el estío, se
recostó a la sombra de un laurel

ArribaAbajo Lisi, en la sombra no hallarás
frescura,
tú, que con dos ardientes luminares
a la sombra la traes caniculares
que dieran a los Alpes calentura.

Del antiguo recato y compostura
han olvidado a Dafne estos lugares,
pues de dos soles tuyos, singulares,
quien huyó de uno solo se asegura.

Mas viéndole en tus ojos dividido,
para poder estar en ti dos veces,
otras tantas le mira en ti vencido.

Y siente que, como ella, le aborreces,
pues a su sombra y tronco has retraído
los rayos que le niegas y le ofreces.

ArribaAbajo
Poesías amorosas

6

En lo penoso de un amante ausente

ArribaAbajo Embravecí llorando la corriente

de aqueste fértil cristalino río,
y cantando amansé su curso, y brío:
¡tanto puede el dolor en un ausente!

Miréme en los cristales de esta fuente
antes que los prendiese el hielo frío,
y vi que no es tan fiero el rostro mío,
que no merezca ver tu luz ardiente.

Dejé sus aguas ricas de despojos,

cubrió, Isbela, de incienso tus altares,
coronélos de espigas a manojos.

Sequé, y crecí con agua, y fuego a Henares,
y tornando en el agua a ver mis ojos,
en un arroyo pude ver dos mares.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Si en el loco jamás hubo espe-
ranza,

ni desesperación hubo en el cuerdo,
¿de qué accidentes hoy la vida pierdo?
¿Qué sentimiento mi razón alcanza?

¿Quién hace en mi memoria tal mudanza,
que de aquello que busco no me acuerdo?
Velo soñando, y sin dormir, recuerdo:

el mal pesa y el bien igual balanza.

Escucho sordo y reconozco ciego;
descanso trabajando y hablo mudo;
humilde aguardo y con soberbia pido.

Si no es amor mi gran desasosiego,
de conocer lo que me acaba dudo:
que no hay de sí quien viva más rendido.

7

Culpa lo cruel de su dama

ArribaAbajo Hay en Sicilia una famosa
fuente

que en piedra torna cuanto moja y baña,
de donde huye la ligera caña
el vil rigor del natural corriente.

Y desde el pie gallardo hasta la frente,
Anaxar(e)te, de dureza extraña,
convertida fue en piedra, y en España
pudiera dar ejemplo más patente.

Mas donde vos estáis es excusado
buscar ejemplo en todas las criaturas,
pues mis quejas jamás os ablandaron.

Y al fin estoy a creer determinado
que algún monte os parió de entrañas duras,
o que en aquesta fuente os bautizaron.

Quéjase de lo esquivo de su dama

ArribaAbajo El amor conyugal de su mari-
do

su presencia en el pecho le revela;
teje de día en la curiosa tela
lo mismo que de noche ha destejido.

Darle combates interés y olvido,
y de fe y esperanza se abroquela,
hasta que, dando el viento en pompa y vela,
le restituye el mar a su marido.

Ulises llega, goza a su querida,
que por gozarla un día, dio veinte años
a la misma esperanza de un difunto.

Mas yo sé de una fiera embravecida,
que veinte mil tejiera por mis daños,
y al fin mis daños son no verme un punto.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Cuando a más sueño el alba
me convida,
el velador piloto Palinuro
a voces rompe al natural seguro,
tregua del mal, esfuerzo de la vida.

¿Qué furia armada, o qué legión vestida
del miedo, o manto de la noche oscuro,
sin armas deja el escuadrón seguro,
a mí despierto, a mi razón dormida?

Algunos enemigos pensamientos,
cosarios en el mar de amor nacidos,
mi dormido batel han asaltado.

El alma toca al arma a los sentidos;
mas como Amor los halla soñolientos,
es cada sombra un enemigo armado.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Aguarda, riguroso pensamien-
to,
no pierdas el respeto a cuyo eres.
Imagen, sol o sombra, ¿qué me quieres?
Déjame sosegar en mi aposento.

Divina Tirsis, abrazarme siento:
sé blanda como hermosa entre mujeres;
mira que ausente, como estás, me hieres;
afloja ya las cuerdas al tormento.

Hablándote a mí solas me anochece:
contigo anda cansada el alma mía;
contigo razonando me amanece.

Tú la noche me ocupas y tú el día:
sin ti todo me aflige y entristece,
y en ti mi mismo mal me da alegría.

Soneto amoroso

ArribaAbajo A fugitivas sombras doy abra-
zos;

en los sueños se cansa el alma mía;
paso luchando a solas noche y día
con un trasgo que traigo entre mis brazos.

Cuando le quiero más ceñir con lazos,
y viendo mi sudor, se me desvía;
vuelvo con una fuerza a mi porfía,
y temas con amor me hacen pedazos.

Voyme a vengar en una imagen vana
que no se aparta de los ojos míos;
búrlame, y de burlarme corre ufana.

Empiézola a seguir, fáltanme bríos;
y como de alcanzarla tengo gana,
hago correr tras ella el llanto en ríos.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Más solitario pájaro ¿en cuál
techo

se vio jamás, ni fiero en monte o prado?
Desierto estoy de mí que me has dejado
mi alma propia en lágrimas deshecho.

Lloraré siempre mi mayor provecho;
penas serán y hiel cualquier bocado;
la noche afán, y la quietud cuidado,
y duro campo de batalla el lecho.

El sueño, que es imagen de la muerte,

en mí a la muerte vence en aspereza,
pues que me estorba el sumo bien de verte.

Que es tanto tu donaire y tu belleza,
que, pues Naturaleza pudo hacerte,
milagro puede hacer Naturaleza.

0

Soneto amoroso

ArribaAbajo Amor me ocupa el seso y los
sentidos;

absorto estoy en éxtasi amoroso;
no me concede tregua ni reposo
esta guerra civil de los nacidos.

Explayose el raudal de mis gemidos
por el grande distrito y doloroso

del corazón, en su penar dichoso,
y mis memorias anegó en olvidos.

Todo soy ruinas, todo soy destrozos,
escándalo funesto a los amantes,
que fabrican de lástimas sus gozos.

Los que han de ser, y los que fueron antes,
estudien su salud en mis sollozos,
y envidien mi dolor, si son constantes.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Dejad que a voces diga el bien
que pierdo,
si con mi llanto a lástima os provoco;
y permitidme hacer cosas de loco:
que parezco muy mal amante y cuerdo.

La red que rompo y la prisión que muerdo
y el tirano rigor que adoro y toco,
para mostrar mi pena son muy poco,
si por mi mal de lo que fui me acuerdo.

Óiganme todos: consentid siquiera
que, harto de esperar y de quejarme,
pues sin previo viví, sin juicio muera.

De gritar solamente quiero hartarme.
Sepa de mí, a lo menos, esta fiera
que he podido morir, y no mudarme.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Petrarca celebró su Laura bella
con ingenio, y estilo levantado,
y hizo al mundo eterno su cuidado,
y la rara belleza, que vio en ella.

Viven y envidiosas muchas de ella,
porque es digno de ser muy envidiado
un bien tan alto, y tan dichoso estado.,
que nunca pueda el tiempo contra ella.

Yo solo a ti gallarda Silvia hermosa,
a quien di el corazón en sacrificio,
querría dejarte de la misma suerte.

Que esta alma en adorarte venturosa
sólo te puede hacer este servicio,
que no te ofenda el tiempo, ni la muerte.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Divina muestra del poder di-
vino,
honra de nuestra edad, por vos dichosa,
nobleza sin igual maravillosa,
aviso, ingenio, gusto peregrino.

Milagro de renombre eterno digno
a pesar de la envidia venenosa,
rara beldad, cordura milagrosa,
gloria, que es de gozarla amor indigno.

Ángel con mortal velo disfrazado,
regalo sin medida, que no tiene
igual en todo el bien del ser humano.

Tesoro celestial incomparado,
adonde más el alma se entretiene

es Silvia, dueño, y vida de Silvano.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Esta color de rosa, y azucena,
y este mirar sabroso, dulce, honesto,
y este hermoso cuello blanco, inhiesto,
y boca de rubís, y perlas llena.

La mano alabastrina, que encadena
al que más contra amor está dispuesto;
y el más libre, y tirano presupuesto
destierra de las almas, y enajena.

Esta rica, y hermosa primavera,
cuyas flores de gracias, y hermosura
ofenderlas no puede el tiempo airado.

Son ocasión que viva yo, y que muera,
y son de mi descanso, y mi ventura
principio, y fin, y alabo del cuidado.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Dejadme resollar desconfian-
zas,
que es de manera vuestro desconsuelo,
que tiene derribado por el suelo
el fundamento de mis esperanzas.

Ni fe tan pura no hay quien os la ofrezca,
como yo con esta lama vuestra ofrezco,
y nadie agradeció, como agradezco
pena, que tanto ofenda, y entristezca.

Y aunque en valor estemos desiguales
a tener compasión de mis dolores,
bien os pueden mover extremos tales.

Pues cuantos piden que les deis favores,
en bien amaros, no me son iguales,
ni os han sufrido tantos desfavores.

Soneto amoroso

ArribaAbajo A fuego y sangre, fiero pen-
samiento,

has contra mí la guerra pregonado,
y con verme rendido y acabado,
no quieres hacer tregua de un momento.

¿Qué has de ganar en este vencimiento,

sino infamia de haberle procurado
contra quien vive tan desconfiado
del ajeno favor y propio aliento?

La cuerda del dolor afloja un poco;
déjame respirar, duro enemigo,
y goza del placer de atormentarme.

Multiplica mi daño poco a poco,
y el airado rigor templea conmigo,
pues que te has de acabar con acabarme.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Silvia ¿por qué os da gusto
que padezca,
tan grave mal, como por vos padezco?
Si lo causa lo poco que merezco

ninguno tiene el mundo que os merezca.

Ni fe tan pura hay quien os la ofrezca
como yo con esta alma vuestra ofrezco,
y nadie agradeció como agradezco
pena, que tanto ofenda y entristezca.

Y aunque en valor estemos desiguales,
a tener compasión de mis dolores
bien os pueden mover extremos tales.

Pues cuantos piden que les deis favores,
en bien amaros no me son iguales,
ni os han sufrido tantos desfavores.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Cifra de cuanta gloria y bien
espera,

por premio de su fe y de su tormento,
el que para adorar tu pensamiento
de sí se olvidará hasta que muera,

reforma tu aspereza brava y fiera
a oír lo menos del dolor que siento:
dale, señora, al tierno sentimiento
en ese pecho ya lugar cualquiera.

Pues mi remedio está sólo en tu mano,
antes que del dolor la fuerza fuerte
del aliento vital prive a Silvano,

intento muda, porque de otra suerte
llegará tarde, y procurarse ha en vano
a tanto mal remedio sin la muerte.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Espíritu gentil, rara belleza,
valor inmenso, afable cortesía,
dirección admirable, y gallardía
la mayor que se vio, y de más firmeza.

Cendrada lengua, Angélica presteza,
desdén esquivo, suma bizarría,
como a vos a ninguna, Silvia mía,
jamás lo quiso dar naturaleza.

Sólo el que no ha sabido conoceros
podrá vivir, Señora, sin amaros,
y mayor desventura no es posible.

Mas yo, que merecí gozar de veros,
y hallo tanta gloria en contemplaros,

dejaros de adorar es imposible.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Cuando con atención miro y
contemplo

la soberana raza, y compostura
de esta divina, y celestial figura,
que de su Hacedor es vivo ejemplo.

La prima con razón bajo, y contemplo
del indigno instrumento, que procura
tocar los puntos de mayor altura,
que la madre de amor oyó en su templo.

Pues no es bien ofenderos, y agraviaros
cortamente alabando la riqueza

de los raros extremos, que en vos veo.

Sólo se ocupe el alma en contemplaros,
y estos ojos en ver esta belleza,
que es último sujeto del deseo.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Detén tu curso, Henares, tan
crecido

de aquesta soledad músico amado,
en tanto que, contento, mi ganado
goza del bien que pierde este afligido;

y en tanto que en el ramo más florido
endechas canta el ruiseñor, y el prado
tiene de sí al verano enamorado,
tomando a mayo su mejor vestido.

No cantes más, pues ves que nunca aflojo
la rienda al llanto en míseras porfías,
sin menguárseme parte del enojo.

Que mal parece si tus aguas frías
son lágrimas las más, que triste arrojó,
que canten, cuando lloro, siendo mías.

6

Soneto amoroso

ArribaAbajo Por la cumbre de un monte le-
vantado,
mis temerosos pasos, triste, guío;
por norte llevo sólo mi albedrío,
y por mantenimiento, mi cuidado.

Llega la noche, y hállome engañado,
y sólo en la esperanza me confío;
llego al corriente mar de un hondo río:
ni hallo barca ni puente, ni hallo vado.

Por la ribera arriba el paso arrojo;
dame contento el agua con su ruido;
mas en verme perdido me congojo.

Hallo pisadas de otro que ha subido;
párome a verlas; pienso con enojo
si son de otro, como yo, perdido.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Tan vivo está el retrato y la be-
lleza
que Amor tiene en el mundo por escudo,

que, con mirarle tan de cerca, dudo
cual de los dos formó Naturaleza.

Teniéndole por Filis, con presteza,
mi alma se apartó del cuerpo rudo,
en mí volví, corrido con tristeza.

En el llevar tras sí mi fe y deseo
es Filis viva, pues su ser se incluye,
con cuyo disfavor siempre peleo.

Mas su rigor aquesto lo destruye,
y que no es Filis al momento creo,
pues que de mí, mirándome, no huye.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Embarazada el alma y el sentido

con un sueño burlón, aunque dichoso,
aumentando reposo a mi reposo
me hallé toda una noche entretenido.

Tu rostro vi en mis llamas encendido,
que dora lo cruel con lo hermoso,
enlazando tu cuello presuroso
con nudo de los brazos bien tejido.

Túvele por verdad el bien pequeño;
llegué luego a soñar que te gozaba,
hecho de tanta gentileza dueño.

Y en esto conocí que me engañaba,
y que todo mi bien fue breve sueño,
pues yo, tan sin ventura, le alcanzaba.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Soñé que el brazo de rigor armado,

Filis, alzaba contra el alma mía,
diciendo: «Este será el postrero día
que ponga fin a tu vivir cansado».

Y que luego, con golpe acelerado,
me dabas muerte en sombra de alegría,
y yo, triste, al infierno me partía,
viéndome ya del cielo desterrado.

Partí sin ver el rostro amado y bello;
mas despertose de este sueño un llanto,
ronca la voz, y crespo mi cabello.

Y lo que más en esto me dio espanto

es ver que fuese sueño algo de aquello
que me pudiera dar tormento tanto.

8

Soneto amoroso

ArribaAbajo Clarinda, vuestra Musa sonoro-
rosa

es célebre por docta, y levantada,
pero mi Musa humilde, y desgraciada
por celebrar la vuestra es más famosa.

La vuestra dulce, alegre, y deleitosa
es tan perfecta, rica, y acabada,
que única viene a ser por envidiada
y es única la mía de envidiosa.

Juntos a Apolo, y a su Dafne veo,

Clarinda, en vuestra noble compostura,
gozando en vos altísimo trofeo.

Que en vos Dafne de Apolo está segura,
pues de su amor olvida ya el deseo
por el nuevo de amar vuestra hermosura.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Osar, temer, amar y aborrecer-
se,

alegre con la gloria atormentarse;
de olvidar los trabajos olvidarse;
entre llamas arder, sin encenderse;

con soledad entre las gentes verse,
y de la soledad acompañarse;
morir continuamente; no acabarse;

perderse, por hallar con qué perderse;

ser Fucar de esperanza sin ventura,
gastar todo el caudal en sufrimientos,
con cera conquistar la piedra dura,

son efectos de Amor en mis lamentos;
nadie le llame dios, que es gran locura:
que más son de verdugo sus tormentos.

9

Soneto amoroso

ArribaAbajo Siete años de pastor Jacob servía

al padre de Raquel, serrana bella;
mas no servía a él, servía a ella,
que a ella sólo en premio pretendía.

Los días en memoria de aquel día
pasaban contentándose con vella;
mas Labán, cauteloso en lugar de ella,
ingrato a su lealtad, le diera a Lía.

Viendo el triste pastor, que con engaños
le quitan a Raquel, y el bien que espera
por tiempo, amor, y fe le merecía.

Volvió a servir de nuevo otros siete años,
y mil sirviera más, sino tuviera
para tan largo amor tan corta vida.

Soneto amoroso

ArribaAbajo ¿Qué imagen de la muerte ri-
gurosa,

qué sombra del infierno me maltrata?
¿Qué tirano cruel me sigue y mata
con vengativa mano licenciosa?

¿Qué fantasma, en la noche temerosa,
el corazón del sueño me desata?
¿Quién te vengó de mí, divina ingrata,
mas por mi mal que por tu bien hermosa?

¿Quién, cuando, con dudoso pie y incierto,
piso la soledad de aquesta arena,
me puebla de cuidados el desierto?

¿Quién el antiguo son de mi cadena
a mis orejas vuelve, si están cierto,
que aun no te acuerdas tú de darme pena?

Soneto amoroso

ArribaAbajo Del sol huyendo, el mismo sol
buscaba,

y al fuego ardiente cuando el fuego ardía;
alegre iba siguiendo mi alegría,
y, fatigado, mi descanso hallaba.

Fue tras su libertad mi vida esclava,
y corrió tras si vida el alma mía;
buscaron mis tinieblas a su día,
que dando luz al mismo sol andaba.

Fui salamandra en sustentarme ciego
en las llamas del sol con mi cuidado,
y de mi amor en el ardiente fuego;

pero en camaleón fui transformado
por la que tiraniza mi sosiego,
pues fui con aire de ella sustentado.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Artificiosa flor, rica y hermosa,
sa,

que adornas a la misma primavera,
no temas que el color que tienes muera,
estando en una parte tan dichosa.

Siempre verde serás, siempre olorosa,
aunque despoje el cielo la ribera;
triunfarás del invierno y de la esfera,
envidiada de mí por venturosa.

Cuando caíste de su frente bella,
no te tuve por flor; que, como es cielo,
no esperaba yo de él sino una estrella;

mas pues cuando se cae la flor al suelo

muestra que el fruto viene ya tras ella,
ver que te vi caer me da consuelo.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Tras arder siempre, nunca
consumirme;

y tras siempre llorar, nunca acabarme;
tras tanto caminar, nunca cansarme;
y tras siempre vivir, jamás morirme;

después de tanto mal, no arrepentirme;
tras tanto engaño, no desengañarme;
después de tantas penas, no alegrarme;
y tras tanto dolor, nunca reírme;

en tantos laberintos, no perderme,

ni haber, tras tanto olvido, recordado,
¿qué fin alegre puede prometerme?

Antes muerto estaré que escarmentado:
ya no pienso tratar de defenderme,
sino de ser de veras desdichado.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Lloro mientras el sol alumbra,
y cuando
descansan en silencio los mortales
torno a llorar; renuévanse mis males,
y así paso mi tiempo sollozando.

En triste humor los ojos voy gastando,
y el corazón en penas desiguales;
sólo a mí, entre los otros animales,

no me concede paz de Amor el bando.

Desde el un sol al otro, ¡ay, fe perdida!,
y de una sombra a otra, siempre lloro
en esta muerte que llamamos vida.

Perdí mi libertad y mi tesoro;
perdióse mi esperanza de atrevida.
¡Triste de mí, que mi verdugo adoro!

Soneto amoroso

ArribaAbajo Llevó tras sí los pámpanos Oc-
tubre,
y con las muchas lluvias insolente
no sufre lbero márgenes, ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente,
y al sol apenas vemos en Oriente,
cuando la dura tierra nos le encubre.

Del monte baja ya con nueva saña
el Aquilón, y cierra su bramido
gente en el mar, y gente en la montaña.

Y Fabio en el umbral de Tais tendido
con vergonzosas lágrimas le baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.

Soneto amoroso

ArribaAbajo De tantas bien nacidas espe-
ranzas

del doméstico amor y dulce vida,
burlas, ingrata Silvia fermentida,
con desdenes, con celos, con tardanzas.

No arroje más tu brazo airadas lanzas
del pecho a la pirámide escondida;
que ya no dan lugar a nuestra herida
las que en ella te rinden alabanzas.

Confieso que de incienso en tus altares
con sacrílega mano al fuego ardiente
del no prudente dios preso con grillo.

Si me castigas dándome esos males,
no me mates, que un muerto no lo siente:
dame vida, y así podré sentillo.

Soneto amoroso

ArribaAbajo O dulces, frescas aguas, transparentes,
que vuestra claridad a Celia hurtaste,
cuando otra vez mis glorias murmuraste,
haciéndote dicho entere las gentes.

Si acaso, río ufano, acaso sientes
mi mal, y vos, o flores escuchaste
mis quejas, y algún tiempo acompañaste
vergonzosas mi fe con las corrientes.

Decid, pues sois testigos, este río
a mí, y a Celia todo en un momento
no representa con dibujo raro:

Murmurando decís a favor mío,
que a ella se parece en movimiento,
y a mí tan solamente en el ser claro.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Si dios eres, Amor, ¿cuál es tu
cielo?

Si señor, ¿de qué renta y de qué estados?

¿Adónde están tus siervos y criados?

¿Dónde tienes tu asiento en este suelo?

Si te disfrazas nuestro mortal velo,

¿cuáles son tus desiertos y apartados?

Si rico, ¿do tus bienes vinculados?

¿Cómo te veo desnudo al sol y al yelo?

¿Sabes que me parece, Amor, de aquesto?

Que el pintarte con alas y vendado,

es que de ti el pintor y el mundo juega.

Y yo también, pues sólo el rostro honesto

de mi Lisis así te ha acobardado,

que pareces, Amor, gallina ciega.

Soneto amoroso

ArribaAbajo Solo sin vos, y mi dolor presente

mi pecho rompo con mortal suspiro;
sólo vivo aquel tiempo cuando os miro,
mas poco mi destino lo consiente.

Mi mal es propio, el bien es accidente;
pues, cuando verme en voz presente aspiro,
no falta causa al mal porque suspiro,
aunque con vos estoy, estando ausente.

Aquí os hablo, aquí os tengo, y aquí os veo,
gozando de este bien en mi memoria,
mientras que el bien que espero, Amor dilata.
ta.

¡Mirad cómo me mata mi deseo:
que he venido a tener sólo por gloria
vivir contento en lo que más me mata!

Soneto amoroso

ArribaAbajo Es hielo abrasador, es fuego
helado,

es herida que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado;

es un descuido que nos da cuidado,
un cobarde, con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado;

es una libertad encarcelada,
que dura hasta el postrero parasismo;
enfermedad que crece si es curada.

Éste es el niño Amor, éste es su abismo.
¡Mirad cual amistad tendrá con nada
el que en todo es contrario de sí mismo!

ArribaAbajo
Urania Musa Nona

ArribaAbajo
Sonetos sacros

7

- I -

A Jesucristo Nuestro Señor expirando en la
Cruz

ArribaAbajo La profecía en su verdad que-
jarse,
la muerte en el desprecio enriquecerse,
el mar sobre sí propio enfurecerse,
y una tormenta en otra despeñarse.

Pronunciar su dolor, y lamentarse
el viento entre las peñas al romperse
desmayarse la luz, y anohecerse
es nombrar vuestro Padre y declararse.

Mas veros en un leño mal pulido,
Rey en sangrienta púrpura bañado,
sirviendo de martirio a vuestra Madre.

Dejado de un ladrón, de otro seguido,
tan solo, y pobre a no le haber nombrado,
dudaron gran Señor si tenéis Padre.

- II -

Refiere cuán diferentes fueron las acciones
de Cristo Nuestro Señor y Adán

ArribaAbajo Adán en Paraíso, Vos en huer-
to;

él puesto en honra, Vos en agonía;
él duerme, y vela mal su compañía;
la vuestra duerme, Vos oráis despierto.

Él cometió el primero desconcierto,
Vos concertaste nuestro primer día;
cáliz bebéis, que vuestro Padre envía;
él como inobediencia, y vive muerto.

El sudor de su rostro le sustenta;
el del vuestro mantiene nuestra gloria:
suya la culpa fue, vuestra la afrenta.

Él dejó horror, y Vos dejáis memoria;
aquél fue engaño ciego, y ésta venta.
¡Cuán diferente nos dejáis la historia!

- III -

En la muerte de Cristo contra la dureza de
corazón del hombre

ArribaAbajo Pues hoy derrama noche el
sentimiento

por todo el cerco de la lumbre pura,
y amortecido el sol en sombra oscura
da lágrimas al fuego y voz al viento;

pues de la muerte el negro encerramiento
descubre con temblor la sepultura,
y el monte, que embaraza la llanura
del mar cercano, se divide atento,

de piedra es, hombre duro, de diamante

tu corazón, pues muerte tan severa
no anega con tus ojos tu semblante.

Mas no es de piedra, no; que si lo fuera,
de lástima de ver a Dios amante,
entre las otras piedras se rompiera.

- IV -

Las piedras hablan con Cristo y dan la razón
que tuvieron para romperse

ArribaAbajo Si dávidas quebrantan peñas
duras,
la de tu sangre nos quebranta y mueve,
que en larga copia de tus venas llueve
fecundo amor en tus entrañas puras.

Aunque sin alma somos criaturas
a quien por alma tu dolor se debe,
viendo que el día pasa oscuro y breve
y que el sol mira en él horas oscuras.

Sobre piedra tu iglesia fabricaste;
tanto el linaje nuestro ennobleciste,
que, Dios y Hombre, piedra te llamaste.

Pretensión de ser pan nos diferiste;
y si a la tentación se lo negaste,
al Sacramento en ti lo concediste.

9

- V -

Dice, que se quebraron las piedras de envidia de la Cruz, y acuerda cuando le quisieron apedrear los indios y se desapareció

ArribaAbajo Con sacrílega mano el insolente

pueblo, de los milagros convencido,
alza las piedras, más endurecido
cuanto el Señor atiende más clemente.

Muera quien al vivir eternamente,
que se negó a Abrahán, nos ha ofrecido;
murieron los profetas, y, escondido,
yace Moisés, caudillo más valiente.

Burló las piedras, que después miraron
con lástima a la Cruz de Dios, vestida,
y de noche por Él, cielos y estrellas,

donde todas de envidia se quebraron
de que para instrumento de la vida

más quisiere a la Cruz que a todas ellas.

0

- VI -

Las piedras a Dios con el lugar cuando, Moisés, quebró las piedras en que estaba escrita la Ley

ArribaAbajo Cuando escribiste en el sagrado cerro,

con tu dedo, la ley en la dureza
que nos comunicó Naturaleza,
y enternece piedad de tu destierro,

bajó Moisés, y, viendo en el becerro
la adoración debida a su grandeza,

celoso nos rompió y, en su fiereza,
con los castigos advirtió su yerro.

Dividionos en piezas enojado;
mas como desde entonces ley tenemos,
contigo nos preciamos de tenella.

Y así, nosotras mismo nos rompemos
sin el profeta: que es dolor doblado
ver despreciar la ley y al dador de ella.

- VII -

Porque habiendo muchas madres muertas
de lástima de ver muerto a sus hijos, amando
Nuestra Señora más a su Hijo que todas, no
murió de lástima

ArribaAbajo El ver correr de Dios la sangre
clara

en abundante vena por el suelo
(que borró el sentimiento todo el cielo
y al sol desaliñó cabello y cara);

ver la generación dura y avara
hartarse de venganza en su consuelo,
oír la grande voz que rompió el velo;
amaneciendo sombras que declara,

no fue bastante, con afán tan fuerte,
a desatar un alma combatida
que por los ojos en raudal se vierte.

Pues aunque fue mortal la despedida,
aun no pudo, de lástima, dar muerte,
muerte que sólo fue para dar vida.

- VIII -

A la concepción de Nuestra Señora con la
comparación del mar Bermejo

ArribaAbajo Hoy, por el mar Bermejo del
pecado,

que en los vados cerúleos espumosos
sepultó sin piedad los poderosos
ejércitos del príncipe obstinado,

pasa, Virgen, exento y respetado
vuestro ser de los golfos procelosos:
así por los decretos misteriosos
en vuestra Concepción fue decretado.

Quien puede y quiere, con razón colijo,
hará cuanto a su mano se concede,

y más que hizo el sol con lo que dijo.

Y pues naciendo en vos, de vos procede,
¿quién dirá que no quiere, siendo Hijo?
¿Quién negará que, siendo Dios, no puede?

- IX -

A la soberbia y la humildad, refiere lo que Dios hizo con entrambas en los menos y en los más, y si como hombre y Dios, efectos de la humildad y la soberbia, verificados en la vida de Nuestro Redentor

ArribaAbajo Tus decretos, Señor, altos y
eternos,
supieron fabricar, enamorados,

de nada tantos cielos, y, enojados,
hicieron de los ángeles infiernos.

El polvo de que Tú quisiste hacernos,
advertidos nos tiene y castigados,
y tus años vivisteis despreciados,
más solos y más pobres los más tiernos.

Cuando naciste humilde, te llevaron
mirra los reyes; mueres Rey, y luego
el tributo te vuelven en bebida.

Para morir, Señor, te coronaron:
hallas muerte en palacio, guerra y fuego,
y en el pesebre, reyes, paz y vida.

Reprende la insolencia de los que se atreven
a preguntar a Dios las causas porque obra y
deja de obrar con estas palabras de San Pablo

ArribaAbajo Si nunca descortés preguntó,
vano,

el polvo, vuelto en barro peligroso,
«¿Por qué me obraste vil o generoso?»
al autor, a la rueda y a la mano;

él todo presumido de tirano,
a nueve lunas peso congojoso
(que llamarle gusano temeroso
es mortificación para el gusano),

¿de dónde ha derivado la osadía
de pedir la razón de su destino
al que con su palabra encendió el día?

¡Oh, humo!, ¡oh, llama!, sigue buen camino:

que el secreto de Dios no admite espía,
ni mérito desnudo le previno.

- XI -

A la soberbia, con el ejemplo de la estatua de Nabuco, muestra que estando derecha fue peligrosa, y vuelta de arriba abajo segura

ArribaAbajo Es la soberbia artífice engañoso;

da su fábrica pompa, y no provecho:
ve, Nabuco, la estatua que te ha hecho;
advierte el edificio cauteloso.

Hizo la frente del metal precioso;

armó de plata y bronce cuello y pecho;
y por trocar con el cimientó el techo,
los pies labró de barro temeroso.

No alcanzó el oro a ver desde la altura
la guiija, que rompió con ligereza
el polvo en quien fundó rica locura.

El que pusiere el barro en la cabeza
y a los pies del metal la lumbre pura,
tendrá, si no hermosura, fortaleza.

- XII -

Un hermosísimo pedazo de cristal del que el Duque de Lerma con gran gusto hizo una custodia, que para el Santísimo Sacramento dio al convento de San Pablo de Valladolid, dice poé-

ticamente las opiniones que hay cerca de la naturaleza del cristal

ArribaAbajo Sea que, descansando, la corriente

torcida y libre de espumoso río,
labró artífice duro, yerto y frío,
este puro milagro transparente;

sea que, aprisionada, libre fuente
encarceló con yelo su albedrío,
o en incendios del sol, l'alba el rocío
cuajó a región benigna del Oriente;

o ya monstruo diáfano naciese,
hijo de peñas duras, parto hermoso,
a llama universal rebelde yelo,

fue bien que cielo a Dios contrahiciese,
porque podáis decir, Duque glorioso,
que, aunque imitado y breve, le dais Cielo.

- XIII -

Retrato al Demonio, parafraseando en el rigor que cabe en el soneto las palabras de Job, con que le retrata, cap. II Ecce Behemoth

ArribaAbajo ¿No ves a Behemoth, cuyas costillas

son láminas finísimas de acero,
cuya boca al Jordán presume entero
con un sorbo enjugar fondo y orillas?

¿Por dientes no le ves blandir cuchillas,
morder hambriento y quebrantar guerrero;
que tiene por garganta y tragadero

del infierno las puertas amarillas?

¿No ves arder la tierra que pasea,
y que, como a caduco, tiene en menos
el abismo que en torno le rodea?

Sus fuerzas sobre todos son venenos:
él es el rey que contra Dios pelea,
rey de los hijos de soberbia llenos.

- XIV -

Pondera con el suceso de Balán cuanto antes
es Dios obedecido de una mala bestia, que de
un mal ministro

ArribaAbajo A maldecir el pueblo, en un
jumento,
parte Balán profeta, acelerado;
que a maldecir cualquiera va alentado:
tal es el natural nuestro violento.

Dios, que mira del pueblo el detrimento,
rey en guardar su pueblo desvelado,
clemente, opone a su camino, armado
de su milicia, espléndido portento.

Obedece el jumento, no el profeta;
y cuando mereció premio y regalo,
más obstinado a caminar le aprieta.

Teme la asnilla al ángel, sufre el palo:
y halló el cielo obediencia más perfecta
en mala bestia que en ministro malo.

Por los reyes buenos de quien murmuran malos vasallos, muestra cuán antiguo es tapar a los reyes los ojos con el texto de San Marcos, cap.

ArribaAbajo Señor, si es el reinar se escupido,
y en tu cara lo muestran los escribas,
¿qué rey se librará de las salivas,
si las padece el Hombre y Dios ungido?

Tan coronado estás como herido,
pues que tu frente suda venas vivas;
golpes y afrentas quieren que recibas,
y que des gloria al pueblo endurecido.

Llámante rey, y véndante los ojos,

hieren tu faz, y dicen que adivines,
y en tu sangre descansan sus enojos.

Si tal hacen con Dios vasallos ruines,
¿en cuál corona faltarán abrojos?
¿Qué cetro habrá seguro de estos fines?

6

- XVI -

Sobre las propias palabras de San Marcos,
aconsejando a los reyes imiten esta acción de
Cristo

ArribaAbajo Llámanle rey, y véndanle los
ojos,
y quieren que adivine, y que no vea;

etro le dan, que el viento le menea;
la corona, de juncos y de abrojos.

Con tales ceremonias y despojos,
quiere su rey el reino de Judea:
que mande en caña, que dolor posea,
y que ciego padezca sus enojos.

Mas el Señor, que, en vara bien armada
de hierro, su gobierno justo cierra,
muestra en su amor clemencia coronada.

La paz compra a su pueblo con su guerra;
en sí gasta las puntas y la espada:
aprended de Él los que regís la tierra.

Pide a Dios le de lo que le conviene con sospecha de sus propios deseos

ArribaAbajo Un nuevo corazón, un hombre nuevo

ha menester, Señor, la ánima mía;
desnúdame de mí, que ser podría
que a tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos pies por ciega noche llevo,
que ya he llegado a aborrecer el día,
y temo que hallaré la muerte fría
envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.

Tu hacienda soy; tu imagen, Padre, he sido,
y, si no es tu interés en mí, no creo
que otra cosa defiende mi partido.

Haz lo que pide verme cual me veo,
no lo que pido yo: pues, de perdido,
recato mi salud de mi deseo.

- XVIII -

Al Rey Baltasar, cuando profanó en el convite los Vasos Sagrados del Templo, y vio una mano comiendo, que escribía en las paredes las palabras: mené tesel phares

ArribaAbajo De los misterios a los brindis
llevas,

¡oh! Baltasar, los vasos más divinos,
y de los sacrificios a los vinos,
porque injurias de Dios, profano, bebas.

¡Qué a difamar los cálices te atrevas,
que vinieron del templo peregrinos,

juntando a ceremonias desatinos
y a ancianos ritos tus blasfemias nuevas!

Después de haber, sacrílego, bebido
toda la edad a Baco en urna santa,
mojado el seso y húmedo el sentido,

¿ver una mano en la pared te espanta,
habiendo tu garganta merecido,
no que escriba, que corte tu garganta?

- XIX -

A Caín y Abel. San Pedro Crisólogo acuerda
aquellas palabras del Génesis: Respexit ad Abel

ArribaAbajo Caín, por más bien visto, tu
fiereza

quitó la vida a Abel, porque ofrecía
a Dios el mejor fruto que tenía,
como tú lo peor de tu riqueza.

A quien hizo mayor Naturaleza,
hizo la envidia sólo alevosía
que a la sangre dio voz, y llanto al día;
a ti, condenación, miedo y tristeza.

Temblado vives, y el temblor advierte
que aunque mereces muerte por tirano,
que tiene en despreciarte honra la muerte.

La quijada de fiera, que en tu mano
sangre inocente de tu padre vierte,
la tuya chupará sobre tu hermano.

- XX -

Lamentaciones sobre la persecución que padece la cristiandad de los herejes del Aquilón, conducidos por el Rey de Suecia

ArribaAbajo Los ojos, Hieremías, con que
leo
tus altas y sagradas profecías,
el llanto me los vuelve, Hieremías,
pues hoy la olla que miraste veo.

Hierve la fama, y, en volumen feo,
el humo que consume nuestros días
ciega, y del Aquilón las herejías
nos acerca por áspero rodeo.

Del Aquilón a todos se reparte
el mal; díjolo Dios; así sucede:

no vale contra el cielo fuerza o arte.

Y si a Dios por nosotros no intercede
su clemencia, en el llanto acompañarte,
sobre sí propio, nuestro siglo puede.

9

- XXI -

A la Oración del Huerto, sobre estas palabras de Cristo Nuestro Señor: transeat a me calix iste

ArribaAbajo Si de Vos pasa el cáliz de
amargura,
¿quién le podrá endulzar, para que sea
bebida alegre, que salud posea

contra la enfermedad antigua y dura?

Bebed el cáliz Vos, pues os apura
amor del alma por la culpa fea,
que en Vos le beberá (después que os vea
líquido Dios en sangre) la criatura.

Pase por Vos, y así será triaca,
mas no pase de Vos, pues, ofendido,
mi culpa sus castigos os achaca.

Bebiendo sanaréis lo que he comido:
bebed cáliz que tanta sed aplaca
de ser en cáliz inmortal bebido.

A estas palabras: nescitis quid petatis, que dijo Cristo a San Jacobo y a San Juan, cuando pidieron las sillas a su lado

ArribaAbajo Si mereciendo sillas Juan y Diego,
dice Cristo que erraron en pedillas,
al que sin merecellas pide sillas,
más le valiera ser mudo que ciego.

En la atención de Dios, humano ruego
no puede por sí solo conseguillas:
hanse de conquistar con maravillas
de amor nacido de divino fuego.

Sólo se sienta quien el cáliz bebe;
la Cruz el trono en la Pasión dispensa;
el descanso al tormento se le debe.

Y en la bondad espléndida y inmensa,
la culpa gracia, como sangre, llueve,

y la satisfacción está en la ofensa.

0

- XXIII -

Advertencia para los que recibieron el Santísimo Sacramento con las palabras que dijo Judas: que no se ha de recibir Cristo y tenerle por venta, sino por gracia

ArribaAbajo «Tened a Cristo» son palabras vivas,

que suenan glorias de temor desnudas;
mas las propias palabras dijo Judas
para que te prendiesen los escribas.

Por la mano de Judas no recibas,

Licinio, a Cristo, que a prenderle ayudas:
prudente quiero que al intento acudas
del que la cruz previno porque vivas.

El sacrílego hipócrita pretende
que le tengas así sacramentado,
porque le tengas tú cuando le vende.

Quien le tiene, y comulga con pecado,
si diez veces comulga, diez le ofende,
y es con la comunión descomulgado.

0

- XXIV -

A lo propio con aquellas palabras del mismo
Judas: quid vultis mihi dare, et ego eum tradam
vobis?

ArribaAbajo No, alma, no, ni la conciencia
fíes

del que te ofrece a Cristo si le vende;
quien te pide interés, por él pretende
que del Señor que compres te desvíes.

Para que tus tesoros, Fabio, guíes
a Cristo, que tu bien sólo pretende,
dásele al pobre, en quien desnudo atiende
que por su mano humilde se le envíes.

Darle por lo que dan es mercancía.
Judas dice: «¿Qué quieres darme?» Cristo
dice: «Quiere y tendrás la gloria mía».

No todo beso es paz, como lo has visto;
y advierte que en la propia compañía
de Jesús hay discípulo malquisto.

- XXV -

A Simón Cirineo, considerando, que en ayudar a Cristo, se ayudaba a sí

ArribaAbajo Atlante, que en la Cruz sustentas cielo,
Hércules que descansas sumo Atlante,
alivia con tu fuerza el tierno amante
que, humilde, mide con la boca el suelo.

Mas no le des ayuda, que recelo
que das prisa a su muerte vigilante;
mas dásela, Simón, que es importante
para la Redención de todo el suelo.

Pero si con tus brazos se aligera

la carga, con tu culpa, del manzano,
también añades peso a su madera.

Llevar parte del leño soberano
es a la Redención, que los espera,
llevarte tus pecados con tu mano.

- XXVI -

Reconocimiento propio y ruego piadoso antes de comulgar

ArribaAbajo Pues hoy pretendo ser tu monumento,
porque me resucites del pecado,
hábitame de gracia, renovado
el hombre antiguo en ciego perdimiento.

Si no, retratarás tu nacimiento
en la nieve de un ánimo obstinado
y en tu corazón pesebre, acompañado
de brutos apetitos que en mí sienta.

Hoy te entierras en mí, siervo villano,
sepulcro, a tanto huésped, vil y estrecho,
indigno de tu cuerpo soberano.

Tierra te cubre en mí, de tierra hecho;
la conciencia me sirve de gusano;
mármol para cubrirte da mi pecho.

Modo y estilo con que la justicia de Dios procede contra los reyes, considerando en las palabras que en la pared leyó el Rey Baltasar. Daniel : «Mané thecel phares», según su interpretación

ArribaAbajo Contó tu reino Dios; hale cumplido;
su reino sobre el tuyo se ha llegado;
cumplirá su justicia en tu pecado,
contará su castigo tu gemido.

Ya fuiste en sus balanzas suspendido
y lo que menos tiene ha pesado;
por lo que falta te será quitado
lo poco que en horror has detenido.

Tu reino es dividido, y a los medos
y persas se da, porque en violenta
mesa bebas sacrílego tus miedos.

Dios, para castigar, primero cuenta;
pesa después su mano, y con los dedos
escribe: División, muerte y afrenta.

- XXVIII -

Sobre esta palabra que dijo Nuestro Señor
Jesucristo en la Cruz: Sicio, tengo sed

ArribaAbajo Dice que tiene sed, siendo be-
bida,
con voz de amor y de misterios llena;
ayer bebida se ofreció en la Cena,
hoy tiene sed de muerte quien es vida.

La mano a su dolor descomedida,

no sólo esponja con vinagre ordena,
antes con hiel la esponja le envenena,
en caña ya en el cetro escarnecida.

La Paloma sin hiel, que le acompaña,
a su Hijo en la boca vio con ella,
y sangre y llanto al uno y otro baña.

Perlas que llora en una y otra estrella
le ofrece, en recompensa de la caña,
cuando gustó la hiel que bebió ella.

- XXIX -

A las palabras que le dijo Cristo a Judas
cuando le entregó: ¿A qué veniste amigo?

ArribaAbajo Dícele a Judas el Pastor Cor-
dero

cuando le vende: «¿A qué viniste, amigo?
Del regalo de Hijo, a mi castigo;
de oveja humilde y simple, a lobo fiero;

»de apóstol de mi ley, a carnicero;
de rico de mis bienes, a mendigo;
del cayado a la horca, sin mi abrigo;
de discípulo, a ingrato despensero.

»Véndete, y no te vendas, y mi muerte
sea rescate también a tus traiciones:
no siento mi prisión, sino perderte.

»El corcel que a tu cuello le dispones,
Judas, ponle a mis pies con lazo fuerte:
perdónate, y a mí no me perdones.»

- XXX -

Consideración de la palabra: «Perdónalos que no saben lo que hacen» y que dijo Jesucristo en la Cruz

ArribaAbajo Vinagre y hiel para sus labios pide,
y perdón para el pueblo que le hiere:
que como sólo por que viva, muere,
con su inmensa piedad sus culpas mide.

Señor que al que le deja no despide,
que al siervo vil que le aborrece quiere,
que porque su traidor no desespere,
a llamarle su amigo se comide,

ya no deja ignorancia al pueblo hebreo
de que es Hijo de Dios, si, agonizando,

hace de amor, por su dureza, empleo.

Quien por sus enemigos, expirando,
pide perdón, mejor en tal deseo
mostró ser Dios, que el sol y el mar braman-
do.

- XXXI -

A la limosna, y su efecto, y su poder con
Dios, sobre estas palabras de San Pedro Crisó-
logo: Sermón

ArribaAbajo ¿Ves que se precia Dios de
juez severo,
que no admite personas ni semblantes,
que iguala los tiranos fulminantes

con la pobreza vil del jornalero?

¿Ves que desprecia el oro y el dinero,
y el centellear metido en los diamantes?
Pues como tiene hijos mendicantes
se deja cosechar del limosnero.

Si al juez que la soberbia del Oriente
desprecia, los rigores lisonjeas,
con migajas que admite en el doliente,

da al pobre un jarro de agua, si deseas
que Dios te sea deudor, no juez ardiente,
pues por tan poco precio le granjeas.

A una iglesia muy pobre y oscura con una
lámpara de barro

ArribaAbajo Pura, sedienta y mal alimentada,

medrosa luz, que, en trémulos ardores,
hace apenas visible los horrores
en religiosa noche derramada,

arde ante ti, que un tiempo, de la nada,
encendiste a la aurora resplandores,
y pobre y Dios, en templo de pastores,
barata y fácil devoción te agrada.

Piadosas almas, no ruego logrero,
aprecia tu justicia con metales,
que falta aliento contra ti al dinero.

Crezcan en tu pobreza los raudales,
que den alegre luz a Dios severo,
y se verá en tu afecto cuanto vales.

- XXXIII -

Sobre las palabras que dijo Jesús en la Cruz.
Juan 9

ArribaAbajo Mujer llama a su madre cuando expira,
porque el nombre de madre regalado
no la añade un puñal, viendo clavado
a su Hijo, y de Dios, por quien suspira.

Crucificado en sus tormentos, mira
su Primo, a quien llamó siempre «el Amado»,
y el nombre de su Madre, que ha guardado,
se le dice con voz que el Cielo admira.

Eva, siendo mujer que no había sido madre, su muerte ocasionó en pecado, y en el árbol al leño a que está asido.

Y porque la mujer ha restaurado lo que sólo mujer había perdido, mujer la llama, y Madre la ha prestado.

6

- XXXIV -

A San Lorenzo glorioso mártir español

ArribaAbajo Arde Lorenzo y goza en las parrillas;
el tirano en Lorenzo arde y padece,

viendo que su valor constante crece,
cuanto crecen las llamas amarillas.

Las brasas multiplica en maravillas,
y el sol entre carbones amanece,
y en alimento a su verdugo ofrece
guisadas del martirio, sus costillas.

A Cristo imita en darse en alimento
a su enemigo: esfuerzo soberano
y ardiente imitación del Sacramento.

Mírale el cielo eternizar lo humano,
y viendo victorioso el vencimiento,
menos abrasa que arde vil tirano.

7

Declarando escolásticamente las palabras del apóstol con la ocasión de la muerte de un caballero de 6 años

ArribaAbajo La voluntad de Dios quiere eminente

que nos salvemos todos, ¡oh Licino!
No asista sola a tu fatal camino
de Dios la voluntad antecedente.

Merezca a su piedad la subsecuente,
tu virtud con su auxilio, y el divino
rayo preceda siempre matutino
a la noche envidiosa y delincuente.

¿Viste a Bellio caer precipitado
en las verdes promesas de la vida,
y en horror de suceso desdichado?

Prevenza tu conciencia tu partida:

que madruga la muerte en el pecado,
y antes será pasada que creída.

- XXXVI -

Reprende la ceguedad de los indios en
guardar a Cristo muerto en las clausuras de las
piedras, habiendo visto que se quebraron en su
muerte

ArribaAbajo Si vistes a las piedras quebran-
tarse

en la muerte de Cristo con violencia,
¿en su sepulcro, cómo a su obediencia
dudáis que dejarán de levantarse?

Si supieron las piedras animarse

con su muerte en piadosa diligencia,
en su resurrección y en su presencia,
con más razón podrán vivificarse.

La piedra que le guarda lo procura;
aquella le acompaña, ésta le entierra;
aquella de sus triunfos se asegura;

ésta, igualmente racional y dura,
será destrozo de gloriosa guerra;
aquella será trono y sepultura.

8

- XXXVII -

Al certamen de la canonización de San Rai-
mundo

ArribaAbajo Se casto ao bom Joseph nomea
a fama,

so porque la no meio da sua idade,
unico exemplo foi da castidade,
de cujo nome o saneto autor o chama;

se mais naon fizo que fugir da dama,
lançando a capa co suma honestidade
nas taon inimigas maons que a sua vontade
lhe quiseraon forçar na branda cama,

melhor, Raimundo, a fama casta e vossa,
pois que naon só fugis da que vos segue,
mais tambem da que segue ao Rei furiosa.

Elhe lançou a capa a que o persegue;
vos, pela naon olhar na lujuriosa
maon, a lançaes no mar onde nevegue.

- XXXVIII -

Amenaza a los tiranos, que fiados en los metales preciosos en que crecen, pretender prevalecer contra la piedad sobre que fundó Cristo su Iglesia, con la similitud de la estatua de Nabuco

ArribaAbajo Las puertas del infierno siempre abiertas

no prevalecerán contra la Nave
y Piedra, y, ¡quieres tú, contra su llave,
que prevalezcan tus nefandas puertas!

Tan condenadas, aunque no tan muertas
almas, tu seno como el suyo cabe,
y como en él no hay voz que a Dios alabe
la tuya blasfemar a Dios despiertas.

Estatua de Nabuco, que, tirana,
tan diversos metales atesora,
en que estás menos rica que galana,

advierte que en sus máquinas, traidora,
la piedra derribó la estatua vana,
no la estatua a la piedra vencedora.

- XXXIX -

Consideración de lo mucho que el hombre
debe a Dios

ArribaAbajo Si a Dios me debo todo, por-
que he sido
a semejanza suya fabricado,

redimido por el primer pecado,
¿qué lo podré añadir agradecido?

No fui tan fácilmente redimido
como hecho; que en esto, bien mirado,
a mí me dio a mí propio; y, humanado,
a sí, y a mí, me dio de amor vencido.

Pues si añadió el morir por darme vida,
en este alcance agotaré el guarismo;
mas fue me su piedad tan socorrida,

que porque satisfaga a tanto abismo
de beneficios, se me dio en comida:
y así, por mí, fue paga de sí mismo.

0

Dios Nuestro Señor, cuando truenan las nubes, despierta del juicio del pecho al alma adormecida, y con el rayo que hiere los montes, solicita el escarmiento de las culpas, que le merecen mejor que los robles

ArribaAbajo Con la voz del enojo de Dios suena

ronca y rota la nube, el viento brama;
veloz en vengativa luz, la llama
tempestades sonoras desenfrena.

Con los pecados habla cuando truena;
la penitencia por su nombre llama,
cuando la debe, el agua que derrama
el llanto temeroso de la pena.

Respóndale tronando mi suspiro;
respóndale lloviendo mis dos ojos,
pues escrita en su luz mi noche miro.

Ofensas, y no robres, son despojos
del ceño ardiente del mayor zafiro:
y sabe el cielo hablar por sus enojos.

- XLI -

Al buen ladrón

ArribaAbajo ¡Oh vista de ladrón bien des-
velado,

pues estando en castigo tan severo
vio reino en el suplicio y el madero,
y rey en cuerpo herido y justiciado!

Pide que de él se acuerde el coronado

de espinas, luego que Pastor Cordero
entre en su reino, y deja el compañero
por seguir al que robo no ha pensado.

A su memoria se llegó, que infiere
con Dios su valimiento, porque vía
que por ella perdona a quien le hiere.

Sólo que de él se acuerde le pedía
cuando en su reino celestial se viere,
y ofreciósele Cristo el mismo día.

XLII

Al nacimiento, mostrando, que la astrología
misteriosa admira a la celeste

ArribaAbajo Hoy no sabe de sí la astrología
que en la estrella del mar mira en el suelo
cerrado el sol, epilogado el cielo
y en alta noche amanecer el día;

las tinieblas pobladas de armonía,
temblando el fuego eterno, ardiendo el yelo;
alegre la tristeza, y el consuelo
que a sus lágrimas hace compañía.

Mira hacer el oficio del Oriente
al pesebre, en que son signos de oro
una mula y un buey dichosamente.

Ve al sol en el Cordero, y no en el Toro:
vele en la Virgen por diciembre ardiente,
a la aurora sin risa, al sol con lloro.

A San Esteban cuando le apedrearon

ArribaAbajo De los tiranos hace jornaleros
el Dios que de su Cruz hizo bandera,
en los gloriosos mártires que espera
para vestir sus llagas de luceros.

¿Ves lo que sobre Esteban llueven fieros,
piedras, porque cubierto de ellas muera?
Pues trilladores son de aquella era
que colma a Dios de frutos los graneros.

Cuando con piedras acabar quisieron
a Cristo, las negó ser instrumento
de su muerte, y en ella lo sintieron.

Premia a Esteban hoy su sentimiento,
pues las da por la muerte que le dieron,

para reliquias del blasón cruento.

ArribaAbajo
Poesías morales

9

Salmo IX

ArribaAbajo ¿Cómo De entre mis manos te
resbalas.

o cómo te deslizas, vida mía?
¡qué mudos pasos trae la muerte fría,
con pisar vanidad, soberbia, y galas!

Ya cuelgan de mi muro sus escalas,

y es su fuerza mayor mi cobardía;
por nueva vida tengo cada día
que al cano tiempo nace entre la salas.

¡O mortal condición de los humanos!
que no puedo querer ver a mañana,
sin temor de si quiero ver mi muerte.

Cualquier instante de esta vida humana
es un nuevo argumento, que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera, y cuán vana.

0

Salmo XI

ArribaAbajo ¡Cuán fuera voy, Señor, de tu
rebaño,
llevado del antojo y gusto mío!

¡Llévame mi esperanza el tiempo frío,
y a mí con ella un disfrazado engaño!

Un año se me va tras otro año,
y yo más duro y pertinaz porfío,
por mostrarme más verde mi albedrío
la torcida raíz do está mi daño.

Llámasme, gran Señor; nunca respondo.
Sin duda mi respuesta sólo aguardas,
pues tanto mi remedio solicitas.

Mas, ¡ay! que sólo temo en mar tan hondo,
que lo que en castigarme ahora aguardas,
con doblar los castigos lo desquitas.

Salmo XIII

ArribaAbajo Un nuevo corazón, un hombre nuevo

ha menester, Señor, la ánima mía;
desnúdame de mí, que ser podría
que a tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos pies por ciega noche llevo,
que ya he llegado a aborrecer el día,
y temo que hallaré la muerte fría
envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.

Tu hacienda soy; tu imagen, Padre, he sido,
y, si no es tu interés en mí, no creo
que otra cosa defiende mi partido.

Haz lo que pide verme cual me veo,
no lo que pido yo: pues, de perdido,
recato mi salud de mi deseo.

Salmo 6 (XXVII)

ArribaAbajo Bien te veo correr, tiempo ligero,
cual por ancho mar despalmada nave,
a más volar, como saeta o ave
que pasa sin dejar rastro o sendero.

Yo, dormido en mis daños, persevero,
tinto de manchas y de culpas grave;
aunque es forzoso que me limpie y lave
llanto y dolor, aguardo el día postrero.

Este no sé cuando vendrá; confío
que ha de tardar, y es ya quizá llegado,
y antes era pasado que creído.

Señor, tu soplo aliente mi albedrío
y limpie el alma, el corazón llagado,

cure, y a ablande el pecho endurecido.

Salmo 7 (XXVIII)

ArribaAbajo Amor me tuvo alegre el pensamiento,
y en el tormento, lleno de esperanza,
cargándome con vana confianza
los ojos claros del entendimiento.

Ya del error pasado me arrepiento;
pues cuando llegue al puerto con bonanza,
de cuanta gloria y bienaventuranza
el mundo puede darme, toda es viento.

Corrido estoy de los pasados años,
que reducir pudiera a mejor uso

buscando paz, y no siguiendo engaños.

Y así, mi Dios, a Ti vuelvo confuso,
cierto que has de librarme de estos daños:
pues conozco mi culpa y no la excuso.

ArribaAbajo
Poesías fúnebres

0

Epitafio a una señora en su sepulcro

ArribaAbajo Aqueste es el poniente y el
nublado
donde el tiempo, Nerón, tiene escondido

el claro sol que en su carrera ha sido
por el divino Josué parado.

Estos leones, cuyo aspecto airado
se muestran por su dueño enternecido,
a una águila real guardan el nido
de un cordero en el templo venerado.

Estas las urnas son en piedra dura
de las cenizas donde nace al vuelo
la fénix Catalina, hermosa y pura.

Aquestos son los siete pies del suelo
que al mundo miden la mayor altura:
marcas que a vuestras glorias pone el cielo.

Otro epitafio a la misma señora

ArribaAbajo Yace debajo de esta piedra fría
la que la vuelve, de piedra, en cera,
cuya belleza fue de tal manera,
que respetada de la edad vivía.

Aquí yace el valor y gallardía,
en quien hermosa fue la muerte fiera,
y los despojos, y la gloria entera,
en quien más se mostró su tiranía.

Yace en quien tuvo imperio en ser prudente
sobre la rueda de Fortuna avara,
la nobleza mayor que mármol cierra.

Que el cielo, que soberbia no consiente,
castigó en derribar cosa tan rara
la que de hacerla tal tomó la tierra.

El pésame a su marido

ArribaAbajo La que de vuestros ojos lum-
bre ha sido

convierta en agua el sentimiento ahora,
ilustre duque, cuyo llanto llora
todo mortal que goza de sentido.

Vuestra paloma huyó de vuestro nido,
y ya le hace en brazos del aurora;
estrellas pisa, estrellas enamora
del nuevo sol con el galán vestido.

Llorad, que está en llorad vuestro consuelo;
no cesen los suspiros que, por ella,
con sacrificios acompaña el suelo.

Llorad, señor, hasta tornar a vella;

y así pues la llevo de envidia el Cielo,
le obligaréis de lástima a volvella.